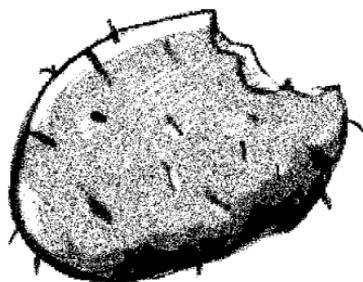




EX LIBRIS

EX LIBRIS

Rudy



Nuevas
crónicas de
Tsúremberg

Papas y rabinos

Prólogo de Diana Wang



MAREA
EDITORIAL

Capítulo 14

Edipo en Tsúremberg

Los mitos tienen, que duda cabe, la extraña característica de ser universales y a la vez particulares. Se parecen y se diferencian. Moisés y Edipo fueron abandonados de chicos, uno para que se salvase, el otro para que muriese. Ambos fueron criados como príncipes que no eran, y de adultos conocieron su identidad, uno para liberar a su pueblo, el otro, para perderlo todo.

Los griegos tomaron Troya gracias a un caballo de madera; los hebreos tomaron Jericó soplando trompetas sobre sus murallas. El Minotauro era mitad hombre mitad bestia, como muchos dioses egipcios. En todos los pueblos —si bien en cada uno con sus matices— los sacrificios, la promesa de un salvador, las profecías, llevaban al hombre a un plano sobrenatural, lo elevaban por sobre su propia vida.

Por supuesto que el pueblo judío también cuenta con personajes grandiosos, como el rey David, Moisés, Macabeo, el rey Salomón, Jacob, Abraham, Bar Kojba, pero ninguno de ellos, y de esto se puede dar cuenta, es originario de Tsúremberg. Son los héroes bíblicos, los patriarcas. Tsúremberg no podría darse el lujo de dar al mundo un hombre así, aunque Motl el emprende(u)dor bien quisiera para sí mismo un honor semejante. ¿Cómo podría decirse de Moisés “anduvo cuarenta años perdido, y entonces llegó a un lugar que ni él mismo sabía cuál era”, o del rey David “detuvo un *pogrom* con una papa”, o de Salomón “dos mujeres discutían sobre la propiedad de una papa, y entonces él ordenó que la cortasen por la mitad...”.

En Tsúremberg se contaba la historia del Dr. Yankel y el siniestro Mr. Jaim su “alter id”; también la de Reb Ben Yud, un héroe de la Edad Media que robaba a los ricos pa-

ra darles de comer a los pobres, pero como no había ricos en Tsúremberg, tuvo que emigrar a Inglaterra para tener a quiénes robarles algo; y después ya que estaba, les daba lo que robaba a los pobres de ahí, porque si no los costos del transporte eran demasiado altos. También la de don Kijl Motl, que estaba un tanto *tsedreit* y atacaba a los molinos de viento que según él estaban planeando un *pogrom*, ayudado por Saltz Schopantzik, su escudero. No faltaban “Los tres Morguenstern: Hacn, Prostn y Orem Itzik”, que junto con su amigo Dortn Yankl compartían la aventura de la extrema pobreza. Tan es así que solían cenar un solo plato de sopa de papa entre los cuatro, y comentaban con tristeza: “¿Uno para todos y todos para uno?”.

Tsúremberg sólo puede darse el gusto de dar al mundo héroes que parten anónimos y se vuelven leyenda en otros sitios, como los ya nombrados. Además, dicen que “nadie es profeta en su tierra”, y es que, ¿qué sentido tiene ser profeta en Tsúremberg? ¿Qué va uno a profetizar, que va venir un *pogrom*, que hay miseria, que el Zar va a presionar aún más a los judíos, que otro país se va a adueñar de las tierras y las va a someter a sus leyes? ¡Eso ya lo saben todos! Si el oráculo de Delfos quedase cerca de Tsúremberg, sus sacerdotes se hubieran muerto de soledad, y eso si no los destruía primero un *pogrom*, previsto o no. Y los tsúrelej, consultados por un ocasional visitante que hubiese perdido el rumbo y preguntase por el oráculo, responderían:

–¡Oráculo, shmoráculo, ¿qué es lo que quiere saber?, ¿si nos van a atacar primero los rusos, los polacos o los cosacos?

Una tarde, Vísele Tsúkerke anunció a los parroquianos del café que pronto habría una jornada especial dentro de sus “Cultúrishe Ciclos”. Un gran actor, Búsheben Majer, que había “triunfado con éxito” (textuales palabras de Vísele) “en las mejores capitales de Europa”, estaba en Tsúremberg, y los deleitaría con una función teatral con debate posterior.

—¿Que quiere decir “debate posterior”? —preguntó Reb Reubén Tsurelsky.

—Bueno, que primero él dice todo lo que tiene que decir, y después nosotros le decimos en qué se equivocó —le explicó Reb Shloime Vantz.

—¿Es esa una manera respetuosa de debatir? ¿Cómo se puede escuchar a otra persona si no la podés interrumpir? ¿Qué sentido tiene estar una hora escuchando algo con lo que uno hace rato que no está de acuerdo?

—Bueno, pensé que cuando habla el *rebe*...

—¿Cuándo habla el *rebe*, habla en nombre de Dios! ¿Quién quiere debatir con Dios?

—Bueno, yo a veces me pregunto si no podría, por un ratito, como dice Sholem Aleijem, dejar tranquilos a los judíos y tener otro pueblo elegido...

—Bah... estamos hablando de otras cosas, acá... estamos hablando de un derecho elemental que tienen los seres humanos, y es el de interrumpirse. Te digo más, si el que hablara fuera yo, durante un largo rato, y nadie me interrumpiese, me sentiría muy poco respetado, estaría seguro de que nadie está oyendo lo que digo, de que todos están en otra parte.

—¿Es que estaríamos en otra parte, Reb Reubén! ¿Si hablaras vos, estaríamos en otra parte! ¡Y no te digo si la que hablara fuese mi mujer! ¡Soy capaz de irme a... París, a Nuyor, a Lomirkvechn...!

—Bueno, bueno, ¿y cómo se llama el actor ese?

—¿Búsheben Majer!

—¿Y actúa solo? ¡Yo pensaba que para hacer una obra, se necesitan varios actores!

—¿Pero es que él hace de todos los papeles a la vez!

—Lo que es la necesidad, ¿no?

—¿No seas irrespetuoso!

—¿Ah?! —exclamó Reb Reubén—. ¡Él no me deja hablar, no me deja interrumpir mientras actúa, y el irrespetuoso soy yo! ¡Solo porque creo que si actúa solo es porque se quedó sin compañeros, o porque necesita toda la plata! ¡Así que soy yo el irrespetuoso?

–Calmate, Reubén... Búsheben Majer es un gran actor, en toda Europa se habla de sus éxitos: *Hamlet*, *Edipo*, *Romeo y Julieta*.

–¿En serio son de él, todas esas obras?

–Son sus éxitos.

–¿El hace solo de Romeo y Julieta? ¿Pero no son un hombre y una mujer, con esos nombres?

–Un buen actor es capaz de cualquier cosa.

–Seh... ¡ya me imagino al actor ese haciendo de Reb Jaim y Reb Meir al mismo tiempo!

–Bueno, eh... todo tiene sus límites, Reubén, tampoco exageremos.

Búsheben Majer efectivamente había triunfado en Europa, pero no todos sus triunfos habían sido tan exitosos como decía Vísele. La realidad es que la mayoría de sus triunfos habían sido verdaderos fracasos, y otros, unos pocos, habían sido verdaderos triunfos escénicos, pero lamentablemente no había muchos testigos de los mismos, quizás porque, como él solía decir, al público masivo no le gusta ver triunfar a un gran actor. Pero en Tsúremberg estaba seguro de triunfar. O al menos, de que el público no le tiraría papas... ¡Nadie derrocharía una, quizás el único manjar de ese día, en arrojársele a un actor! ¿Y si lo hacían, qué? ¡Mejor para él, tendría algo con qué engañar a su siempre codicioso estómago!

Búsheben Majer estaba tranquilo, porque había llegado precedido de una gran fama. Pero como suele suceder con los que llegan a Tsúremberg, la fama había tomado otro camino, se había perdido en la ruta, quizás estaba en Lomirkvechn esperando a un Búsheben que jamás llegaría allí, o simplemente, cansada de tener que sostener a semejante personaje, había conseguido trabajo como fama de otro, por ejemplo del contador de chistes Plútzim Ajarkaj, hombre que recorría todos los *shtetls* buscando uno en el que no conocieran ya todo su archirremanido repertorio, y así poder actuar.

Esa noche el Tsúkerke Café estaba lleno, como todas

las noches, pero esta vez era distinto, como todas las noches. Los hombres colmaban las mesas, y también Rojl Feler, acompañada por su marido Moritz y por su hermana Rifke Feler, tomaba su té de papas.

Reb Reubén Tsurelsky estaba ubicado cerca del lugar del escenario, no porque tuviera algún privilegio en su condición de “ex rico del pueblo”, sino porque había llegado temprano, ya que quería estar cerca del actor para poder interrumpirlo mejor, demostrando su respeto por las artes en general y la oratoria en particular (conveníamos que es difícil interrumpir un cuadro o una cultura, y está muy mal visto cortar un concierto).

Cuando Vísele Tsúkerke consideró que sus parroquianos ya habían hablado bastante entre ellos, pidió silencio. Obviamente su cálculo era erróneo, ya que la concurrencia no le hizo el menor caso y siguió hablando.

–¿Vos sabés qué es esto, “Edipo”?

–Me dijeron que es la historia de un muchacho que se fue de su *shtetl* para no pelearse con el padre...

–A mi me dijeron que es una tragedia...

–Entonces, seguro que se fue para escaparse de un *pogrom*.

–No, es una tragedia griega... en las tragedias griegas no hay *pogroms*.

–¿Qué clase de tragedia es esa si no hay un *pogrom*?

–Griega.

–¿Nu? ¿Qué hay en esa tragedia, una hija que se quiere casar por propia voluntad? ¿Un padre que no tiene dote? ¿Varias solteras? En todo caso podrá ser un *tsure*... pero ¿una tragedia sin *pogrom*?!

–En las tragedias judías hay *pogroms*, en las griegas hay muchos dioses.

–¿Muchos dioses?

–Sí. ¿Los griegos tienen muchos dioses!

–¿Son el pueblo elegido por muchos dioses? ¡*Mame maine*, nosotros apenas si podemos sobrevivir a ser el pueblo elegido de un Dios, y ellos tienen muchos! ¡No

quiero ni pensar lo que les debe pasar cuando un Dios les dice que hagan una cosa, y otro que hagan otra!

–¿Sabés lo que les pasa en esos casos? ¡Una tragedia!, ¡eso es lo que les pasa!

–Rójele, ¿vos estás segura de que está bien venir acá?

–Moritz... es una manifestación de cultura, ¿por qué no voy a venir?

–Pero Rójele... no se trata de eso, sino que los cafés no son buenos lugares para las mujeres, dan mala imagen.

–¡Eso es porque los que deciden qué cosas dan buena imagen y qué no, son los hombres! Si un café no es un lugar para una mujer, entonces, ¡que hagan el espectáculo en la cocina de una casa! ¡Ese lugar sí da “buena imagen” a las mujeres?

–Ay, Rójele, vos sabés que yo te quiero, que te elegí como mi mujer...

–¿Nu? ¿Acaso yo no te elegí a vos como mi marido?

–Sí, Rójele, y los dos hicimos algo que hasta ahora en el *shtetl* no había hecho nadie, y estoy muy contento de haberlo hecho; pero ¿hace falta hacer “siempre” cosas diferentes a las que hacen los demás?

–¿Diferentes? ¿Qué hacemos nosotros de diferente? ¡Todos los hombres están acá, y nosotros también, es exactamente lo mismo!

–Queridos parroquianos... buenas nocheees... es un honor para mí presentarles hoy a Búsheben Majer, un gran actor precedido por su fama internacional, que triunfó en tantos lugares que ya ni él mismo se acuerda dónde, y ha llegado aquí, a nuestra Tsúremberg, para deleitarnos con una conferencia maravillosa... ¡nos va a contar la historia de Edipo!

Búsheben Majer entró, saludó, y comenzó su relato:

–Hace muchos siglos existía en Grecia un pequeño reino llamado Tebas. Allí gobernaba un rey, Layo, que tenía una mujer llamada Yocasta.

–Ves, Moritz... ya no somos las únicas mujeres, ¡en la obra también hay! –comentó por lo bajo Rojl Feler.

–Layo y Yocasta –siguió Búsheben– no podían tener hijos.

–¿Eran un rey y una reina y no podían tener un hijo? ¿Qué clase de reyes son esos? ¿Si hasta el más pobre de los pobres puede tenerlos, aunque después no tenga más que media papa para darles de cena! –protestó Simjastoire Nusslgrois.

–Shhh... eran griegos, allá son distintos –comentó Shloime Vantz.

–Pues si me van a decir que los reyes no podían tener hijos y que los pobres tenían riquezas y comida, yo quisiera ser griego –dijo Simjastoire.

–Escuchemos, escuchemos.

–Luego de varios intentos, decidieron ir a consultar al...

–¿Rabino! –dijo Shloime Vantz.

–No, al oráculo de Delfos.

–¿Y por qué fueron a consultar al oráculo? ¿Acaso el rabino estaba ocupado? ¡Nuestro *rebe* seguro que los hubiera atendido!

–Pero ellos son griegos –le dijo Reubén Tsurelsky.

–¿Nu? ¿No tienen rabinos ahí? ¿Necesitan que les mandemos uno? ¡Nosotros tenemos dos! –Fue Simjastoire.

–Layo fue a consultar al oráculo –Levantó la voz Búsheben.

–¿Layo? ¿Y Yocasta por qué no fue? –preguntó Rojl Feler.

–Pero Rójele –le susurró Moritz– ella era mujer... los caminos griegos no eran muy hospitalarios para una mujer, además ella era reina.

–¿Bah, lo mismo de siempre, ni en las tragedias se respeta a las mujeres!

–¿Layo fue a Delfos y el oráculo le dijo que era mejor que no tuviera descendencia, porque si tenía un hijo varón, lo mataría a él y se casaría con su mujer Yocasta!

–¿Pero qué barbaridad! ¿Cómo puede un oráculo ser tan ignorante? ¿Cómo se le ocurre que un hijo va a ca-

sarse con su propia madre? ¡Por más griegos que sean, eso es rarísimo! ¡Y además, matar al padre! ¡No leyó los Diez Mandamientos, el oráculo ese, “Honrarás a tu padre y a tu madre”? –Este fue Reb Simjastoire.

–En Grecia no tenían los Diez Mandamientos, eso fue algo que Dios nos dio a los judíos a través de Moisés –intentó explicarle Búsheben para seguir con su relato, pero fue en vano.

–¿Y qué?, ¿a los demás pueblos Dios les dejaba hacer lo que quisieran? ¿O después si Dios se enojaba podían decir: “Nosotros no sabíamos que estaba prohibido, nadie nos dio los Diez Mandamientos como a los judíos”? ¿Los cosacos hacen *pogroms* porque desconocen el “No matarás”? ¡No me lo creo!

–Bueno, les sigo relatando. Layo vuelve a su hogar, pero no le dice nada a la mujer.

–¡Y también! ¿Cómo le va a decir semejante barbaridad? Uno no puede llegar a su casa y decirle a su mujer: “¡Sarita, dice el oráculo que no tengamos hijos porque me van a matar a mí y se van a acostar con vos!”. Cualquiera mujer te diría: “¿Qué te pasó, Shloime? ¿Le pusieron *bronfn* al té de papas? ¿Te hicieron un *pogrom* en la cabeza? ¿Te agarraron Reb Jaim y Reb Meir al mismo tiempo y te hablaron, uno por cada oreja? ¿Quién es ese oráculo? ¡No conozco a nadie que se llame así!”. Y si uno le dice a Sarita que ese oráculo es un griego que adivina el futuro, lo más probable es que esa noche ella lo deje sin papas para cenar y le pida ayuda al *rebe* para ese marido que se volvió *mishíguene*. –Este fue Reubén Tsurelsky.

–Gente, se trata de una tragedia, de algo que fue escrito hace miles de años y es un gran éxito en todos lados... no es una historia de Tsúremberg, es de Tebas.

–Bueno, siga contando, ya que es taaaan importante...

–Yocasta quería tener un bebé...

–¡Se ve que era reina! ¡No tenía ningún problema en traer al mundo otra boca para alimentar!

–Yocasta quería tener un bebé, y una noche, hermosa, seduce a Layo, y queda finalmente embarazada, sin sa-

ber que con esto está desatando una tragedia.

—¿Por eso una tragedia? ¿Por qué?, ¿no estaban casados? —preguntó Reb Jolodetz Saltzn.

—Sí, estaban casados.

—Entonces podrá ser un *tsure*, pero tanto como una tragedia, no es.

—Bueno, un *tsure*. Cuando Layo se entera de que va a

Gotzidanquen fish

(Pescado a la “gracias a Dios”)

Por doña Gezunte Jolile

Por la mañana se le comunica a toda la familia que esa noche habrá pescado, “si Dios quiere”. Se le pide a cada uno que haga su parte, o sea que “recen para que Dios quiera”, lo que le da al plato un sabor muy especial. Por la tarde, se prepara una guarnición de papas, un poco de cebolla, y se le pide prestado al vecino un poco de aceite. El vecino va a preguntar para qué el aceite, y uno debe decir que es para acompañar El pescado, lo que hará que en poco tiempo todo el pueblo se entere de que esa noche en casa habrá pescado, cosa que también hace “al gustito final”.

Seguramente el vecino no va a tener aceite, pero eso no importa, porque el condimento ya está hecho.

Se coloca la guarnición en una fuente y se espera que Dios provea el pescado. Cuando esto ocurre, se cocina todo a fuego mediano, y se sirve entre alabanzas. A la mañana siguiente, si el vecino pregunta cómo estuvo, se dice “los he comido mejores”.

Pero si no, se comunica a todos que “Dios ha dispuesto que comamos un pescado tan fresco, pero tan fresco, que todavía no ha sido pescado”, por lo que habrá que esperar hasta otro día. Se comen las papas y la cebolla y se le agradece a Dios por haber hecho su voluntad.

A la mañana siguiente, cuando el vecino pregunte qué tal estuvo el pescado, se comenta que estuvo muy bien, y luego, para adentro, se murmura “y sigue estando muy bien, muy sanito”.

ser padre, le cuenta a su mujer lo que le había dicho el oráculo, y ella le cree.

—¡Cualquier buena mujer judía mandarí a su marido a que se le pase la borrachera! ¡Pero ella no! Ella no, ella le cree, y ¡acepta que hay que matar al chico ni bien nazca para evitar que luego él mate a Layo y se acueste con ella! ¡Qué clase de *idishemame* era?

—Bueno, pero ella era griega, era un personaje...

—¿Nu? ¡Y no puede ser una buena *idishemame* por eso? ¡Estos personajes griegos eran una manga de *tsedreits!* ¡Estaban todos locos! ¡¿Cómo van a matar a un chico, a un recién nacido, porque un oráculo les dice cualquier cosa que andá a saber de dónde la sacó...?! Ni siquiera era un rabino... es más, ningún rabino diría algo semejante, ¡“No matarás”!, ¿ese Mandamiento tampoco lo tenían? Una cosa es que a un chico, a la semana, le hagan un *bris*, le corten un *shtikele del potz*, el prepucio, como naturalmente corresponde, y otra muy distinta es que lo maten. ¡¿De qué servía una religión con tantos dioses, si podían hacer que matasen a un chico recién nacido?!

—¡Esta era una tragedia!

—¡Por supuesto! ¡Que maten a un chico ES una tragedia! Bueno, ¿cómo sigue la barbaridad esta?

—Cuando el chico nace, Yocasta se lo da a Layo para que lo mate, y él no se atreve a hacerlo personalmente.

—Ah... es como cuando Dios le pidió a Abraham que sacrificase a su hijo Isaac, y después le dijo que no, y al final le hicieron el *bris*... ¿Acá también fue así?

—¡No, eran griegos, no hacían el *bris!*, ¡y además era una tragedia! ¡¿Qué tragedia sería si al final lo único que pasó fue que a un chico le hacen el *bris*?! ¡Dónde estaría la *hybris*, la desmesura, la anagnórisis?

—¿Vus? ¡Qué cosa?

—El dolorosísimo reconocimiento final.

—Bueno, el *bris*... duele...

—Layo enlaza los pies del chico con un gancho, y se lo da a un sirviente para que lo mate. El sirviente no se atreve a hacerlo, llega al límite del reino, y lo deja allí, solito...

–¡Y el chico cae a un río donde lo encuentra la hija del Faraón!, ¿no?

–¡No, no, acá no hay faraones! Era Grecia, Tebas, y el que lo encuentra es otro sirviente, pero del reino de al lado, Corinto, y le llama la atención porque el chico tenía los pies hinchados por el gancho, y por eso lo llama Edipo, o sea ¡¡“pies hinchados”!!

–Gueshvólene Físelej, así se hubiera llamado el chico si en vez de en Corinto, lo encontraban en Tsúremberg.

–¿Qué?

–Pies hinchados... Gueshvólene Físelej.

–Bueno –siguió contando Búsheben–, el bebé fue llamado Edipo, y fue adoptado por los reyes de Corinto, que no tenían hijos. Así creció el muchacho, fuerte, robusto, y con los pies hinchados. Y sin saber quiénes eran sus verdaderos padres. Hasta que un día, siendo adolescente, alguien le dice que él no es realmente quien cree ser y Edipo se enoja mucho.

–Bueno, no sé por qué. A nadie lo ven como cree ser. Uno cree ser sabio, y los demás lo ven como tonto, uno cree ser lindo, y lo ven como feo, uno cree ser rico, y todos le piden dinero, con lo que sale a relucir la pobreza. Como dice Reb Piterkíjel: “No importa cómo uno cree ser, lo que importa es cómo Dios cree que uno es” –dijo Reb Fáfale Tzimes.

–¡Pero los griegos tenían muchos dioses! ¡Capaz que uno te ve rico, y el otro te ve pobre! –Este fue Shloime Vantz.

–¿Nu? ¡Ese es un problema de ellos! ¡Nosotros tenemos un solo Dios, y bastante pobres nos ve!

–¡Sigo contando! Edipo va a consultar al oráculo...

–¿Otra vez? ¿No hizo bastante lío el oráculo ya?

–Dije que Edipo lo va a consultar, porque eso es lo que hizo... y el oráculo le dice que él va a matar a su padre y acostarse con su madre.

–*Fehhh....* estos oráculos se ve que no tienen otra cosa que hacer... miren si no le podía haber dicho algo más lindo... que va a comer *varéniques*, no sé.

—¡Pero qué clase de tragedia sería esta?! Bueno, les digo que Edipo decidió no volver a Corinto, porque él creía que allí estaban sus padres, y entonces va un poco por acá, un poco por allá. En una de esas caminatas se cruza con un carruaje que no lo quiere dejar pasar, Edipo pelea contra los del carruaje, y los mata a todos menos a un sirviente. Uno de los muertos es, sin que él lo sepa, su padre, el Rey Layo.

—¡Oy vey! ¿Cómo un hijo puede hacerle una cosa así a su padre?

—Pero es que él no sabía que era su padre, ¡nunca lo veía!

—¡Justamente!, ¡tantos años sin ver a su padre!, ¡lo mató de un disgusto!

—Edipo siguió su camino, y mucho tiempo después llegó a Tebas. Pero en las puertas de la ciudad había una esfinge, un monstruo con cara de mujer, alas y cuerpo de león, que se comía a todos los que querían entrar a la ciudad.

—¡Ojalá tuviéramos una esfinge así en Tsúremberg, se terminarían los *pogroms*, se comería a todos los cosacos! —Este fue Simjastoire Nusslgrois.

—Sí, pero también a los *cuenteniks*, a los actores...

—¡Fehhh! ¿Quién los necesita? —Nuevamente Sinjastoire.

—¡El Tsúkerke Café! —le contestó Vísele—. ¡Y déjenlo seguir con la conferencia!

—¡Él que siga con la conferencia, nosotros seguimos con el debate! —replicó Reb Reubén Tsurelsky.

Búsheben Majer suspiró largamente, y siguió:

—Edipo decidió enfrentar a la Esfinge, que les hacía una pregunta a todos los viajeros, antes de comerlos.

—¿Qué les preguntaba, qué gusto tenían? —Se rió Shloime Vantz.

—Hasta ahora ninguno había podido contestar bien, pero si alguno lo lograba, ella desaparecería. Edipo se plantó frente a la Esfinge y ella le preguntó: “¿Cuál es el animal que a la mañana anda en cuatro patas, a la tarde en dos, y a la noche en tres?”.

- ¡El elefante! –gritó Reb Shloime Vantz.
- ¿Un elefante en tres patas, dónde lo viste?
- ¡Tampoco vi ninguno en cuatro patas, y eso no quiere decir que no existan! Bueno, está bien, si no era el elefante, entonces... ¡el mono!
- Los monos tienen solo dos patas.
- Entonces es muy fácil: ¡primero el elefante, cuatro patas; después el mono, dos patas; y a la noche, el elefante le pone una pata encima al mono, y queda en tres!
- Edipo –prosiguió Búsheben, suspirando más alto– dijo: “El hombre: primero gatea, luego camina, y finalmente se apoya en un bastón”.
- ¡Jah!, ¡qué bruto! –dijo Reb Simjastoire–. ¡El hombre no es un animal! La Esfinge se lo comió con papas, ¿no?
- No –contestó Búsheben–. Edipo tenía razón, la respuesta era correcta, la Esfinge se arrojó por un barranco, Edipo entró triunfante en Tebas, y le dieron el premio que habían prometido para el que venciera a la Esfinge... ¡casarse con la Reina!
- ¡Pero si ella era la mamá!
- Sí, pero él no lo sabía, y ella tampoco lo sabía.
- ¿Ven? ¡Otra vez, eso pasa por no verse en tanto tiempo!
- Edipo creía que sus padres eran los reyes de Corinto, y Yocasta, que su hijo había muerto de bebé. Así que se casaron, y tuvieron cuatro hijos, y reinaron sobre la ciudad.
- ¡¿Cuatro nietos?!
- ¡¿Cuatro hermanos?!
- ¡Y seguro que el oráculo bailó en el casamiento! ¡Todo por culpa de él!
- Bueno, así pasaron varios años, hasta que empezó una epidemia de peste en Tebas.... los habitantes se morían como moscas, y le pidieron ayuda a Edipo, a quien no se le ocurrió mejor cosa que...
- ¡Consultar al oráculo! –dijeron todos a coro.
- ¡Y seguro que el oráculo nos echó la culpa a los ju-díos! –dijo Reb Simjastoire–, siempre que hay alguna peste, nos culpan a nosotros.

—No, esta vez no fue así, el oráculo le echó la culpa al asesino de Layo. Dijo que la epidemia terminaría cuando lo atrapasen y castigasen.

—Y seguro que le echaron la culpa de la muerte de Layo a los judíos.

—No, ¡estos eran griegos, no romanos!

—Edipo se propuso encontrar al asesino de Layo, no sabía qué cerca que lo tenía. Entonces consultó a Tiresias, que era ciego y vidente a la vez.

—¡Eso está mal...! ¡A los ciegos se les dice “no videntes”!

—Pero Tiresias era vidente, porque Zeus lo había hecho así.

—Aj... ese es el problema cuando uno tiene muchos dioses, cada uno los hace como quiere...

—El tema es que Tiresias le dijo a Edipo que el asesino era él mismo, Edipo.

—¡Qué estúpido! ¡Es como si el Zar le preguntara a un judío quién es el culpable de un delito, y el judío le respondiera “usted mismo, el Zar”. ¡No importa que el judío tenga toda la razón del mundo!, ¡eso no se le dice a un rey! ¡Seguro que Edipo se puso muy furioso!

—Así es —admitió Búsheben, suspirando más aún—, pero entonces llegó un sirviente de Corinto anunciando que el Rey había muerto.

—¿Nu? ¡Si hace años que Layo había muerto!

—¡Pero este era Polibo, el rey de Corinto! Así que Edipo era el nuevo rey.

—Mirá este Edipo, al final iba a ser rey de dos lugares, ¡tanta mala suerte que tuvo de chico! ¡Seguro que ahora iba a poder comer todas las papas que quisiera!

—Edipo se puso triste, pero a la vez, aliviado: si Polibo era su padre y había muerto en su ausencia, entonces él no era el asesino de su padre. Peero...

—¡Peero...?

—Pero entonces el sirviente le dijo que él era el hijo de Polibo... ¡pero adoptivo! Y además le contó cómo lo habían encontrado en el bosque. Y justo estaba allí el sir-

viente de Tebas que lo había dejado abandonado. Y así supieron la verdad. Yocasta salió corriendo, y Edipo tras ella. Ella se suicidó, y él se arrancó los ojos.

—¿Ven? —dijo Rojl Feler—. ¡Él se sacó los ojos, pobre, pero a ella le fue peor, se mató! ¿Por qué siempre nos va peor a las mujeres? ¿Por qué pasó eso?

—¡Eso les pasó por no contratar un buen *shadjn!* —dijo Reb Jolodetz Saltzn—. ¡Un casamentero hubiera averiguado datos de la familia antes de permitir semejante boda!

—¡Eso no tiene nada que ver! —casi gritó Rojl Feler—. ¡El problema es que a las mujeres siempre las dejan de lado...! ¡La culpa fue de Layo por no decirle a Yocasta la verdad antes de que quedara embarazada! ¡Y además, si hubieran tenido una nena, en lugar de un varón, jamás hubiera pasado nada de esto! ¿O conocen muchas mujeres que se hayan casado con sus mamás?

—¡Pero Rojl... es una tragedia! —le dijo su marido por lo bajo.

—Y bueno, el autor podría haberles hecho tener una nena... pero no... ¡Seguro que era un varón también, el autor... A ver, ¿por qué no eligieron alguna tragedia griega que haya sido escrita por una mujer? ¿No les parece adecuada para el “Cultúrishe Ciclo”?

—¡Eso no tiene nada que ver! —gritó Reb Simjastoire Nusslgrois—. ¡La culpa la tienen los griegos, que por cualquier cosa que les pasa van a consultar al oráculo, que les dice cualquier cosa, porque está lleno de dioses, y entonces uno le dice una cosa, el otro otra, y el oráculo no sabe qué hacer... ¡Tendrían que haber consultado a nuestro Reb Jaim Piterkíjel, que les hubiera dicho que si Dios quería que tuvieran hijos, iban a tener un hijo, y si no, no! ¡Y si tenían un hijo, a hacerle el *bris*, nada de matarlo!

—¡O a Reb Meir Tsuzamen, que les hubiera dicho que en vez de preocuparse tanto por su propio hijo que todavía no nació, se preocuparan un poco más por los hijos de los demás, que ya habían nacido y eran pobres!

—¿Y vos cómo sabés que eran pobres?

—¿Nu? ¿Qué iban a ser, ricos? ¿Dónde viste una tragedia llena de ricos? ¡Las tragedias son cosas que les pasan a los pobres!

—Si me permiten decir algo... —intentó hablar Búsheben Majer.

—¿Acaso no dijo usted lo suficiente? ¿Acaso no lo dejamos hablar tranquilo? Bueno, ¡ahora estamos en el “debate posterior”!, ¿no es así? —Este fue Reb Reubén Tsurelsky, que todavía no terminaba de digerir eso de “no poder interrumpir”—. ¡Así que ahora hablamos todos!

—A mí me gustaría retomar el tema del oráculo —comentó Reb Abramitsik Úguerke—, es obvio que una pareja con problemas de descendencia debería consultar a un científico, y no a un adivino.

—¿A un científico? ¿Y qué le va a enseñar un científico, cómo se hace para tener un bebé? —preguntó a los gritos Reb Reubén Tsurelsky y todos estallaron en carcajadas. Ni Búsheben Majer pudo evitarlo.

Finalmente los tsúrelej se quedaron si saber cómo terminaba la tragedia Edipo de Tebas, pero sí sabemos como terminó Edipo en Tsúremberg, las risas se escuchaban hasta Lomirkvechn.



Índice

El universo tsurembergueano creado por Rudy <i>por Diana Wang</i>	7
Palabras preliminares	17
Guía turística de Tsúremberg	21
1. En la pobreza y en la pobreza	27
2. ¿Polítishes?	50
3. El cartel	62
4. ¡Niños pequeños, problemas pequeños!	81
5. Impuestos	94
6. Tsúremberg cumple mil años	108
7. El cuento de Shloime Gueshijte	123
8. ¡Que sea con salud!	128
9. La importancia de llamarse Kratznpupik	144
10. Otra noche de Peisaj	153
11. ¿Nu, dónde vivimos?	164
12. Los rublos	178
13. ¿Podemos hablar de sexo?	192
14. Edipo en Tsúremberg	205
15. La Primera Guerra Mundial	221
16. Historia de un ladrón	231
Glosario, shmosario	241
Guía de personajes, lugares e instituciones de Tsúremberg, sus alrededores y su “por ahí”	251
Sobre el autor	271